

¿Socialismo para Venezuela?

REFLEXIONES AL MARGEN

PETKOFF, Teodoro, *¿Socialismo para Venezuela?*
Edit. Fuentes. Caracas 1970 (1)

Sin duda alguna, entre los libros de más interés político publicados en Venezuela el año 70 figuran los dos de Teodoro Petkoff, que formulan a nivel ideológico la crisis que bulle mundialmente dentro de los partidos comunistas y en concreto en el venezolano. Crisis que en poco tiempo ha llevado a la expulsión de toda la juventud en Austria, de Garaudy en Francia, a las fuertes tensiones en el partido italiano y a la división de los partidos griego y español.

No se trata de crisis meramente anecdóticas o de simples choques de ambiciones personales. Es el germen marxista mismo que se revuelve contra los estrechos márgenes opresores del partido, que ha buscado la eficacia organizativa al precio del dogmatismo, repetición rutinaria de slogans y de enfoques idealistas que llevan a ahorrarse el análisis serio de la realidad.

En Venezuela la derrota sufrida por el PCV y en general por la izquierda marxista ha arrojado leña al fuego. Con la división del partido, consumada a mediados de diciembre, se cierra una década en la que nuestros marxistas se lanzaron a la toma directa del poder y han sido derrotados. La política de pacificación del Gobierno copeyano es el último episodio de esta derrota. Y no hay derrota sin crisis. Tal vez lo más trágico es que han sido derrotados sin ser llorados por las masas de las que dicen ser la vanguardia. Esta falta de luto en el pueblo tiene que llevar a reflexión profunda y seria a todo marxista, pues al margen de las mayorías trabajadoras y desempleadas, el movimiento marxista pierde el carácter de tal por muy ortodoxo que se proclame.

Hemos leído con enorme interés "¿Socialismo para Venezuela?" Decimos interés y no mera curiosidad porque creemos que en la toma en serio de la situación de miseria y explotación de las mayorías venezolanas está en juego nuestro ser de cristianos. Por lo mismo, no podemos seguir con indiferencia los planteamientos y vicisitudes de quienes, tal vez con enfoques distintos, tienen la misma preocupación.

Además, hemos leído con profundo respeto, por tratarse de "opiniones conformadas a lo largo de una militancia intensamente comprometida, la del revolucionario profesional" (pág. 17). Se trata de reflexiones maduradas en diálogo con centenares de hombres que han corrido un riesgo, sin duda con métodos no compartidos por nosotros, pero sí con unos objetivos generales compartibles para muchos cristianos que rechazan lo inhumano del actual sistema socioeconómico y ven en la economía socialista una fórmula más humana. Y

(1) Y del mismo autor, Checoslovaquia: El Socialismo como problema. Edit. Fuentes, Caracas 1969.

en cualquier caso, un compromiso humano capaz de arriesgar la vida se merece respeto.

El libro de Petkoff es sincero, franco en la crítica, penetrante en el análisis y abierto a una búsqueda. En este momento en que los cristianos y los marxistas nos estamos cuestionando tantas cosas dentro de nuestras respectivas casas, nos animamos a hacer algunas observaciones con espíritu dialogante.

Cristianismo y comunismo

El sueño comunista y los intentos de realizarlo no han sido ajenos a los cristianos desde sus orígenes hasta hoy. La historia está cruzada por un rosario de movimientos que van desde la primera comunidad cristiana de Jerusalén hasta los actuales grupos latinoamericanos de cristianos que optan por el comunismo, pasando por los santos padres, los cártaros y albigenses, el movimiento hussita de Bohemia, el levantamiento campesino del reformador Münster, la utopía de Moro y las reducciones jesuíticas del Paraguay, por no citar sino unos cuantos episodios.

La historia demuestra que estos planteamientos no quedaron en esferas meramente etéreas. Pero, desgraciadamente, no cabe la menor duda de que, a partir de la entrada del genio de Marx en la historia, los cristianos hemos estado traumatizados para reflexionar serenamente sobre el marxismo como ideal de una sociedad igualitaria con supresión de la propiedad privada y para apreciar en su justo valor el método de análisis de la sociedad, sin duda el mejor aporte de Marx. Por eso cualquiera que lea con toda sinceridad la afirmación del Concilio Vaticano II de que la Iglesia, "en virtud de su misión y naturaleza, no está ligada a ninguna forma particular de civilización humana ni a sistema alguno político, económico y social" (Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual, N° 42), ve que éste es, sin duda, el "deber ser" de la Iglesia, pero que su praxis de los últimos cien años con respecto al marxismo no ha sido ésta.

Este recelo y rechazo del marxismo tiene su explicación. Aunque sea desagradable decirlo, los cristianos no hemos tenido la objetividad para reflexionar si ciertas incompatibilidades que veíamos con los planteamientos socio-económicos (recalcamos socio-económicos) marxistas no eran tanto debidas a su divorcio con el Evangelio, sino más bien a posiciones nuestras adquiridas, a intereses creados y a que desgraciadamente el marxismo unió inexorablemente su método de análisis social al ateísmo de Feuerbach hecho sangre propia por Marx.

DEL LIBRO DE PETKOFF

LUIS UGALDE, S. J.

Teodoro Petkoff afirma con cierta esperanza que “en la Iglesia católica las corrientes postconciliares, el retorno a las fuentes del cristianismo, el renacimiento de una preocupación social que asume en algunos sitios perfiles de gran radicalismo, han generado la aparición de sectores que atribuyen a la Iglesia la misión terrena de ayudar a la transformación de la sociedad” (p. 104).

Y, sin embargo, los marxistas están lejos de perder su desconfianza a la Iglesia. Y con razón. Nos han visto atados a viejos métodos, instalados, solidarizados con los poderosos e identificando el Evangelio con fórmulas socio-políticas concretas hasta llegar a sacralizarlas. Basta recordar, por ejemplo, el soporte religioso otorgado a la monarquía. Hemos condenado demasiadas realidades positivas para el hombre y hemos bendecido demasiados crímenes para que, sin más, los marxistas crean en la sinceridad de nuestro compromiso con los pobres y desposeídos. Para muchos de ellos la Iglesia cambia de cara por pura táctica, porque se queda sin clientes. Para ellos la Iglesia es maestra de la política acomodaticia, para quedar siempre flotando como el corcho. Muchos, incluso cuando tácticamente alaban a los cristianos, siguen en el fondo pensando de esta manera.

Contra esta acusación podríamos aportar muchos hechos históricos, pero que sin duda podrían ser desmentidos por otros en sentido contrario. Nuestros argumentos no convencerán nunca. Sólo los hechos presentes y futuros podrán disipar las dudas.

Pero para que los cristianos estemos abiertos a la metodología marxista y a sus planteamientos socio-económicos, que son perfectamente compatibles con la religión, es necesario librarlos de las premisas meta-científicas que los cargan de ateísmo y que llevan a ver en la religión la esencia misma de la alienación. El deshielo va a ser lento. Lo demuestran episodios como el de Garaudy, cuya apertura fue insoportable para el partido. El había dicho: “Si el partido no quiere ser una secta de doctrinarios, sino la levadura de todas las fuerzas que quieren construir el socialismo, no puede tener una ‘filosofía oficial’, no puede ser de principio ni idealista, ni materialista, ni religioso, ni ateo.” (Garaudy Roger, *Le Grand Tournant du Socialisme*, pág. 284.)

El mismo pensador francés rechaza la apreciación apriorística de que la religión siempre es el “opio del pueblo”. “Demasiados movimientos revolucionarios, dice, militantes y combativos, se han producido a lo largo de la historia en nombre de la fe, bien se trate de los hussitas de Bohemia o de la ‘guerra de los campesinos’ en Alemania, para que

podamos, a priori, considerar a un cristiano como un revolucionario de segunda clase.” (Ibídem, pág. 286.)

Garaudy fue expulsado del partido.

Pero no basta una clarificación ideológica. El siglo largo de trayectoria de la praxis marxista no puede menos de despertar una profunda desconfianza en los cristianos. Su actuación en los países en que han dispuesto del poder absoluto ha abierto una profunda brecha entre su teoría utópico-humanista y su realidad no pocas veces crudamente antihumana. Desajuste que sin duda no es menor que el que ha existido entre la teoría y práctica cristianas. Un sistema que permite, sin crítica y casi siempre con adulación masiva, el reinado omnipotente de un monstruo de la talla de Stalin (sólo comparable con Hitler), tiene fallas mortales como sistema y no meramente circunstanciales. Falla que sin duda radica en la instauración de un poder oligárquico e incluso monárquico omnipotente, sin control alguno.

Hemos visto que tal vez no hay partido que cambie tanto de la oposición al gobierno como el partido comunista. Por eso no podemos evitar la misma desconfianza hacia los marxistas que la que tienen ellos hacia los cristianos. ¿No será pura táctica su acercamiento, su apertura? ¿No se deberá a que se han convencido de que ese aparente antidogmatismo es un medio necesario para la toma del poder? Por experiencia sabemos que más de una vez sólo la respuesta afirmativa ha sido verdadera. ¿Su intento de acercamiento a los curas en Venezuela no se deberá a que los ven instrumentos aptos para llegar al pueblo, que todavía rehuye a los comunistas? Una vez en el poder no les queda difícil barrer a sus aliados. Esta ha sido la historia marxista. Y sigue siendo, a pesar de los signos esperanzadores que van surgiendo.

El marxista piensa en el fondo que los cristianos hemos cedido obligados, que donde hemos tenido el poder absoluto hemos impuesto nuestra idea a la fuerza. Y muchos cristianos pensamos exactamente lo mismo de los marxistas. Su apertura —con honrosas excepciones— nos parece sólo provisional y más bien fruto de la debilidad.

Tal vez lo más trágico hoy es que los que no son ni marxistas ni cristianos comprometidos nos ven capaces de sacrificar al hombre en aras de nuestros intereses y dogmas. Responder con hechos a esta acusación es el reto histórico más difícil que enfrentamos en la segunda mitad del siglo XX. El filósofo marxista checo Machovec nos decía que la dificultad más seria para ellos en Checoslovaquia, como para los cristianos, es despertar en la juventud ese fuego

del ideal humanista. La juventud nos rehuye porque nuestra praxis desteje lo que teje la prédica. El funcionario de partido instalado en sus privilegios tiene poco que decir.

Para que haya un avance real en el acercamiento del cristianismo y el marxismo al servicio del hombre oprimido debemos purificar y delimitar campos.

El cristianismo debe perder todo su cariz de partido político con análisis socio-económicos propios. El cristianismo, como tal, carece de fórmulas socio-económicas y políticas propias, aunque los cristianos puedan y deban buscar su compromiso socio-político. Pero sí deben tener planteamientos negativos de rechazo de los sistemas que sean antihumanos. Por eso creemos (y deseamos) que los partidos políticos deben perder su etiqueta de cristianos, sobre todo si a este "cristiano" se le quiere dar cierto aire exclusivista. Los esquemas políticos confesionales o cuasi-confesionales pertenecen a un pasado que agoniza.

No es menor la tarea delimitadora de los comunistas. Creemos que el verdadero aporte de Marx a la humanidad es el método dialéctico de análisis y praxis transformadora de la sociedad, el enfoque evolutivo dialéctico de la historia y el análisis crítico del capitalismo. Todos estos aportes van siendo hoy patrimonio común de la humanidad, como pueden ser los descubrimientos de Darwin, Freud o Einstein. Pero mientras ciertos marxistas se empeñan en mantener como inherente a esos aportes científicos las afirmaciones meta-científicas de Marx sobre la religión y el hombre, se siguen poniendo falsas barreras a la difusión misma del genio marxista.

Mientras no se logre esta delimitación, el marxismo y el cristianismo seguirán siendo competitivos, cuando probablemente sería grande su aporte a la humanidad si llegaran a ser complementarios, sin identificarse ni atarse mutuamente.

Teoría de la dependencia

La teoría socio-económica de la dependencia, tan de actualidad hoy en toda América Latina, es básica en el análisis que hace Petkoff de la realidad venezolana. Venezuela depende de la metrópoli norteamericana y las oligarquías nacionales son un elemento que favorece esta dependencia: "El subdesarrollo es resultado de la dependencia con respecto al imperialismo, pero esa dependencia se manifiesta y se apoya en una determinada formación económica interna en cada país subdesarrollado. En el nuestro esa formación económica es la del capitalismo dependiente y subdesarrollado. Romper la dependencia y sentar con ello las bases para salir del subdesarrollo no es otra cosa que reventar —literalmente reventar— el poder político y económico del capitalismo dependiente, fruto y al mismo tiempo almacén de la dependencia." (Pág. 56)

No cabe duda de que somos económica, política y culturalmente dependientes. El término subdesarrollado es relativo: somos subdesarrollados con respecto a otros desarrollados; pobres, junto a otros ricos. Y en parte son ricos porque nosotros estamos sumidos en la pobreza, siendo a la vez ellos la causa parcial de nuestra pobreza. Pero quedarse sólo en su afirmación es atarnos al subdesarrollo y no poner los medios para llegar a dominar nuestros propios recursos. Ciertamente revolucionarismo que se contenta con encontrar el chivo expiatorio en Estados Unidos y culpar de todo a los yanquis es parte afirmante de nuestra dependencia, pues apuntala nuestra inactividad.

Si dependemos es porque hay desigualdad de fuerzas técnicas, científicas, económicas y políticas. Tanto a nivel nacional como internacional, es necesario dedicar la energía a incrementar la fuerza, la capacidad humana, el talento y la organización de los dependientes, puesto que la incapacidad de éstos es la mejor aliada de los dominadores. Echa-mos de menos en el análisis de Petkoff el estudio de este aspecto.

Por otra parte, ese análisis unilateral lleva a considerar la ruptura de la dependencia de los EE.UU. como la panacea que elimina todas nuestras calamidades. Sin titubeo alguno, estamos a favor de la lucha por esta independencia, pero no creemos que ella resuelva radicalmente nuestros problemas socio-económicos.

Además conviene tener presente que durante muchos años los países en inferioridad de poder técnico, político y económico seguirán dependiendo de una u otra manera de los más avanzados en estos aspectos. Una ruptura plena que implicara el cierre total de fronteras sería un sueño iluso y estúpido. Y si la comunicación con el mundo se ha de mantener abierta, no queda otra solución que la de manejar con habilidad nuestra dependencia, aprovechando toda coyuntura que incremente nuestro poder de presión, asociándonos en una especie de sindicato de naciones dominadas y diversificando al máximo nuestras relaciones con los países industrializados.

La lucha por el poder

Estamos de acuerdo: un partido comunista sin voluntad de poder no merece el nombre de tal.

Pero ésta es precisamente una de las profundas dudas que despierta en nosotros el libro de Petkoff. Parece ser que lo importante es que una vanguardia llegue al poder como sea. Lo demás se ventilará después. Y ese "lo demás" es lo más importante para nosotros. Siempre hemos pensado, y la historia nos confirma, que el que lucha por el poder con cualquier medio, una vez instalado no se arredra ante cualquier medida que haya que optar para mantener lo que ya es poder oligárquico. Jamás estaremos de acuerdo con el estilo del despotismo ilustrado: "Todo para el pueblo, pero sin el pueblo." Sin embargo, estamos convencidos de que si se llega al poder sin un pueblo organizado, inconsciente, sin hábitos de control y de participación y sin cuerpos intermedios, pronto ese poder se convierte en tiranía. Los sindicatos pierden su carácter de defensa inmediata de los trabajadores y pasan a ser correas de transmisión e instrumentos de control y represión en manos del gobierno o del partido. Lo mismo se diga de los medios de comunicación social y de los educativos.

Esto despierta cierta desconfianza en quienes no estamos ni deseamos estar organizados para tomar directamente el poder. Dudamos de nuestra propia supervivencia como grupos humanistas con posibilidad de desacuerdo con la línea oficial cuando ésta sea inhumana. ¿O todavía creen los marxistas que esa inhumanidad del poder no se puede dar en los regímenes controlados por ellos? Ciertamente, no es Petkoff de los que participan de esta sacralización del partido.

Como muy bien plantea el marxista checo Karel Kosik, no se debe caer en la ingenuidad de suponer dogmáticamente que la supresión de las contradicciones específicas del mundo capitalista se identifica con la supresión de las contradicciones esenciales de la existencia humana. (Cfr. "Moral und Gesellschaft", por Kosik, Sartre, Luporini, Garaudy, Della Volpe, Markovic, Schaff. Edition Suhrkamp. Frankfurt 1968, p. 10.)

Para que esas contradicciones sean señaladas y combatidas debe haber control desde abajo.

La participación de la clase obrera y de los demás sectores desposeídos

También echamos de menos en el libro de Petkoff un análisis más a fondo de la participación de las clases trabajadoras y desempleadas en la vida nacional. ¿Cómo abrir los cauces, cómo presionar a los poderes existentes y cómo capacitar a los actuales dominados para que pasen de ob-

jetos de la economía, política y cultura, a verdaderos sujetos decisivos?

La proclamación de la supresión de la propiedad privada de los bienes de producción como elemento clave para suprimir la alienación económica ha llevado a los marxistas a ignorar aspectos fundamentales en el análisis que hace Marx de la alienación del trabajo. Por eso, en una economía estatizada y sin propiedad privada, el obrero ha seguido siendo un asalariado cuyo trabajo es decidido por otros y pasa a otros a cambio de unas monedas. A pesar de las piruetas mentales que hacen los funcionarios del régimen para explicar que eso es de los obreros, pues ellos son el Estado, el trabajador se siente como objeto de la economía y sigue produciendo forzosamente.

El profundo pensador marxista Lukacs, en una entrevista concedida a la revista alemana "Der Spiegel", propone una auténtica revolución dentro del sistema en los países de dominio comunista, al defender la necesidad de volver al sistema de "consejos", construido desde abajo, empezando por los consejos de obreros en la empresa hasta llegar a la suprema participación política. Esto se dio, en parte, en la revolución rusa con los "soviets" y se ha perdido después para caer en una fría administración burocrática de los trabajadores asalariados. (Cfr. *Der Spiegel*, N° 17/1970, "Das Rätesystem ist Unvermeidlich", pág. 153-166.)

Petkoff es consciente de este problema y lo plantea claramente en un párrafo bien pensado (págs. 62 y 63). Pero siempre le da a uno la impresión de que éstos son asuntos por resolver una vez tomado el poder. Nuestra opinión es que el que toma el poder solo lo conserva solo. En este sentido sorprende un poco que al hacer nuestros marxistas el balance de la lucha en la década del 70, midan su valor por el fracaso en la toma del poder y no entre como índice fundamental el aumento o reducción del poder participativo y consciente de las clases trabajadoras y desposeídas. Nosotros creemos que precisamente su mayor fracaso ha sido lo poco que se ha avanzado en este sentido en la última década en Venezuela. Pero con el principio de que hacer algo con el pueblo es "mediatizarlo" y de que cuanto mayor sea la desesperación mayor será el poder revolucionario, se ha rehuído toda obra que lleve al pueblo a capacitarse. No toda capacitación es necesariamente mediatizadora y aletargadora. Nos da la impresión de que muchos marxistas decidieron en la universidad lo que había que hacer para lograr romper con el imperialismo y suprimir la propiedad privada, y después fueron al pueblo a buscar los instrumentos humanos para ejecutar lo ya previsto. Si queremos que el obrero sea sujeto de las transformaciones, no debe empezarse utilizándolo como objeto.

Otro aspecto que nos hubiera gustado verlo, siquiera insinuado, es el enfoque del obrero como consumidor. Hoy el trabajador no sólo está alienado como elemento de producción, sino sobre todo como elemento consumidor. No en vano han transcurrido casi 125 años desde el Manifiesto Comunista y más de un siglo desde la publicación de *El Capital*. En este tiempo grandes sectores han pasado de la carencia económica a la abundancia. Incluso en Venezuela el obrero industrial va siendo absorbido por el afán consumista, donde el capitalista manipula con refinadas técnicas de propaganda masiva las necesidades e instintos más primarios para obligar al obrero a consumir sus productos. Cada vez el trabajador es menos libre y decide menos en el uso de su dinero.

Por otra parte, toda la crítica al capitalismo nos parece excesivamente economicista. Creemos que el fracaso del sistema capitalista mundial no va a ocurrir por su incapacidad para producir bienes económicos abundantes para todos, ni porque se vaya a estrellar por una de esas crisis periódicas. El fracaso del sistema económico capitalista se va a producir en el campo no económico. La economía capitalista lleva dos

siglos largos difundiendo un "ethos" inhumano que gradualmente hace la atmósfera irrespirable. A medida que funciona con más vigor la economía, la sociedad es más inhumana. En las sociedades más prósperas es donde el hombre empieza a sentirse más objeto de producción y de consumo. El "ethos" que el capitalismo ha propuesto para el campo económico se ha contagiado a todos los otros aspectos de la vida donde la colaboración, comunicación y cooperación son fundamentales. No estaría de más que nuestros marxistas prestaran atención a estos aspectos humanos.

El partido como vanguardia del proletariado

No cabe duda de que para una acción socio-política eficaz hacia una nueva sociedad es imprescindible una organización y una visión lúcida. Y para lograrla juegan un papel importante las minorías. Pero no se debe despreciar el enorme peligro que entraña la concepción del propio grupo como vanguardia. Esto, a la larga, lleva a considerar a las víctimas más explotadas del actual sistema como borregos, y si a la primera no comparten ciertos planteamientos hechos por los intelectuales de gabinete, se les desprecia con el fácil calificativo de que son "pasivos". No vendría mal pensar aquí en la fábula de la zorra y las uvas. ¿Están verdes las uvas o es que la zorra salta poco?

Si nos resignáramos a que el pueblo no participara por su incapacidad y pasividad, no valdría la pena de intentar ninguna revolución que de antemano diera por imposible lo único que justificaría su alto precio: el hombre y, más en concreto, las mayorías hoy desposeídas.

Se debe resaltar que Petkoff es amplio al referirse a otros posibles grupos revolucionarios, y crítico con el propio partido. Nos agrada que él busque, se interrogue, en una palabra, tenga el espíritu marxista de acuerdo a la definición del viejo líder comunista austriaco (hoy excluido del partido) Ernst Fischer: "Ser marxista es continuar pensando por propia cuenta. No repetir, citar, no permanecer fijos en las fórmulas de Marx, sino avanzar de acuerdo al método marxista, llegar a nuevas ideas; es decir, al marxismo vivo." (*Der Spiegel*, N° 35/1968, pág. 84.)

Petkoff enumera, entre los que pueden aportar positivamente a la revolución, algunos grupos cristianos. Estamos de acuerdo. Pero queremos afirmar claramente algo que quizá no sea fácil de entender para quien no vive el cristianismo desde dentro. A la larga, sólo aportaremos a la revolución algo valioso en la medida en que seamos cristianos, con lo que esto tiene de específico. El cristiano que cree que va a ser más revolucionario cuanto más relegue su aporte específico al hombre venezolano de hoy en busca de su liberación, terminará negándole aquello que le da su razón de ser. Más bien, lo que necesitamos es ahondar nuestro compromiso y dar rienda suelta al Evangelio de tal modo que haga saltar tantos moldes fixistas que nos tienen aprisionados. Pero nuestra suprema traición a Venezuela sería que dejáramos de proclamar expresamente a Cristo; y a éste, crucificado.

Por eso sería errado pedirnos, y menos a los curas, que nos convirtamos en partido político aparte o algo por el estilo. Siempre que lo hemos hecho hemos perjudicado a la Humanidad. Al menos, a la larga. Tampoco se nos pida que juguemos con las creencias religiosas del pueblo para, en forma engañada, imponer una ideología en nombre del Evangelio.

No queremos convertir al Evangelio en programa político, pero sí en motor y en sentido de la vida que nos lleve a un compromiso radical en favor de la liberación del hombre en todos los campos, incluyendo su apertura al Dios que se entrega en Cristo, sin el cual consideramos insuperable la soledad de la Humanidad.